

Conversación con Craig Parsons

Los desafíos de la escuela ideacional en
ciencia política y relaciones internacionales

The challenges of the ideational school in
political science and international relations

Adolfo Garcé

Universidad de la República (Uruguay)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7941-0197>

Virginia Labiano

Universidad Nacional de San Martín (Argentina)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3089-7173>

Recibido: 16-09-2024

Aceptado: 02-11-2024

Craig Parsons es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Oregon, Estados Unidos. Es uno de los referentes más destacados de la escuela ideacional en ciencia política.¹ Su trabajo académico se enfocó inicialmente en las ideas e instituciones que confluyeron en la construcción de la Europa actual. Rápidamente, a su trabajo empírico, agregó una dedicación muy sistemática a las polémicas sobre la filosofía de la ciencia y métodos.

Su primer libro, *A Certain Idea of Europe* (obtuvo el International Studies Association's Alger Prize al mejor libro sobre organización internacional), se centró en cómo ciertos principios políticos superaron a otros en la construcción de la Unión Europea². Su segundo libro, *How to Map Arguments in Political Science* (consiguió la Mención Honorífica del APSA Giovanni Sartori Prize in

¹ Una excelente introducción a la escuela ideacional puede leerse en Daniel Béland y Robert Cox (editores). *Ideas and Politics in Social Science Research*, New York, Oxford University Press, 2010.

² Craig Parsons, *A Certain Idea of Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.

Qualitative Methods), ofrece un marco exhaustivo para organizar explicaciones sustantivas en ciencia política³. También dirigió tres proyectos de libros coeditados, respectivamente sobre política de la UE⁴, inmigración en Europa⁵ y economía política constructivista⁶. Además, es autor de un libro de texto con el cual desarrolla su labor pedagógica: *Introduction to Political Science: How to Think for Yourself about Politics*⁷.

En la actualidad investiga cómo y por qué la UE ha construido un «mercado único» que ha eliminado muchas barreras internas que persisten en Estados Unidos. Para ello tiene un puesto de investigador principal en el ARENA Centre for European Studies de la Universidad de Oslo. A mediano plazo, tiene previsto escribir un libro sobre filosofía de la ciencia que tiene el título provisorio de Pragmatismo competitivo.

En esta entrevista, conversamos con el Profesor Parsons acerca de su trayectoria intelectual y sobre los argumentos ideacionales en Ciencia Política y las Relaciones Internacionales.

Lo primero que nos gustaría comprender es cómo nació su interés por el poder político de las ideas.

Mis intereses en estas direcciones nacieron en mis años en Stanford, donde hice la licenciatura en Relaciones Internacionales entre 1988 y 1992, pero no directamente como resultado de mi formación allí. En aquella época, el estudio de las ideas aún no se había extendido sustancialmente a los cursos de grado, o al menos no en los cursos que yo tomé. Estudié con personas que participaban en algunos de estos debates –recuerdo la introducción a las RRII de Stephen Krasner y un magnífico curso sobre política nuclear con Scott Sagan y Philippe Schmitter, que fue mi director de tesis de licenciatura– pero en aquel momento ninguno de estos académicos impartía clases a estudiantes de un modo que se destacaran explícitamente los enfoques ideacionales.

Lo que me orientó en esta dirección, y contribuyó a un giro más amplio en este campo, fue lo que estaba ocurriendo en el mundo. La Guerra Fría terminaba repentinamente. Alemania se reunificaba y Europa se integraba. Un neoliberalismo ideológico muy explícito se extendía por todo el mundo. Pasé mi tercer año (1990-91) en Tours, Francia, y no sólo viví algunas aventuras

³ Craig Parsons, *How to Map Arguments in Political Science*, Oxford University Press, Oxford, 2007.

⁴ Craig Parsons y Nicolas Jabko, *The State of the European Union. Volume 7: With US or Against US? European Trends in American Perspective*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

⁵ Craig Parsons y Timothy M. Smeeding, *Immigration and the Transformation of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

⁶ Craig Parsons, Rawi Abdelal y Mark Blyth, *Constructing the international economy*, Ithaca, Cornell University Press, 2010.

⁷ Craig Parsons, *Introduction to Political Science: How to Think for Yourself about Politics*, Pearson Education, Hoboken, 2ª edición, 2020.

(como viajar por Yugoslavia mientras estallaban sus guerras), sino que conviví con una maravillosa familia francesa a cuyo padre, muy gaullista, le gustaba provocar a su huésped estadounidense. Fue entonces cuando desarrollé una fascinación por los debates franceses sobre el nacionalismo y Europa, y lo que me parecían ideas marcadamente diferentes. Mi tesis acabaría trazando la evolución de las políticas francesas de seguridad desde los años cincuenta hasta sus pasos hacia la europeización a principios de los noventa. Aún no disponía de las herramientas teóricas para escribir sobre la dinámica ideacional de forma muy explícita, pero el segundo lector de mi tesis, un historiador militar de la Hoover Institution llamado Donald Abenheim, me animó en esa dirección. Como historiador, era mucho menos tímido a la hora de hablar de ideas.

Luego cursó el Certificat d'Etudes Politiques en Sciences Po, ¿hasta qué punto era diferente el ambiente en Sciences Po al de Stanford respecto del estudio de las ideas?

Mi estancia en Sciences Po (1992-93) fue de nuevo un período en el que la formación que recibí sólo tenía que ver indirectamente con las ideas, pero todo el entorno parecía estar lleno de un cambio y de discusiones ideacionales bastante evidentes y me animó en esa dirección. En aquella época, Sciences Po seguía siendo muy “franco-francesa”, como suele decirse, y muchos de mis profesores estaban más comprometidos con la política que con el mundo académico. Eso fue maravilloso para mí, porque los cursos estaban muy centrados en los debates políticos contemporáneos y estaban ocurriendo muchas cosas: el Tratado de Maastricht, las crisis monetarias, la reforma en Rusia y Europa del Este. Para mi carrera posterior, lo más importante fue que aprendí muchas cosas concretas sobre Francia y Europa, y alcancé un nivel de francés que me permitió entrevistarme con las élites francesas.

Regresó a Estados Unidos a hacer su maestría y su doctorado a Berkeley. De nuevo, un cambio brusco de entorno. ¿Qué enfoques predominaban en la universidad? ¿Se debatía sobre las ideas?

Cuando llegué a Berkeley, en otoño de 1993, los debates en torno a las ideas apenas empezaban a llegar a la conciencia de mucha gente del campo. Nuestra cohorte de estudiantes de posgrado no tardó en darse cuenta de que queríamos hablar de ideas, pero en muchos de nuestros cursos los profesores se resistían. En uno de mis primeros seminarios, sobre economía política comparada con John Zysman, éste dio una explicación institucionalista sobre algunas diferencias comparativas en materia de impuestos. Levanté la mano y le pregunté por qué no consideraba una explicación ideacional alternativa. Dijo que el institucionalismo era más simple y fácil de demostrar, por lo que no necesitaba realmente considerar la “cultura”. No me pareció una respuesta muy

científica. La parsimonia es un valor razonable a la hora de teorizar, pero los fenómenos que estudiamos no se ajustan necesariamente a las dinámicas que nos resultan más fáciles de demostrar.

En otro seminario de mi primer año, escribí un artículo para un teórico de la democratización, Guiseppe diPalma, en el que argumentaba que la literatura sobre consolidación democrática había definido la “consolidación” como un resultado ideacional (considerando que ningún actor importante abandonaría las instituciones aunque se le diera la oportunidad, que es otra forma de decir que las instituciones son legítimas), pero luego no parecía reconocer ningún mecanismo ideacional en cómo se producía la consolidación. DiPalma desestimó en gran medida las ideas, y no le gustó. Me calificó con un B+.

En las RRII, Ernst Haas estaba interesado en la literatura emergente sobre el constructivismo, pero mi percepción era que tenía una forma enormemente abstracta y bastante idiosincrásica de discutirlo. Ya no se dedicaba a la investigación empírica y, aunque al principio fue mi director de tesis, se mantuvo bastante alejado del constructivismo y de las ideas (luego tuvimos una discusión que detallaré más adelante).

Los miembros más jóvenes de la facultad estaban más conectados con el cambio hacia las ideas. En RRII, el brillante Steven Weber estaba superando su escepticismo –relacionado con haber sido estudiante de doctorado de Krasner– y leía mucho sobre ideas y sociología organizacional. Aun así, recuerdo que en un seminario de RRII que impartió, varios de nosotros nos rebelamos contra la ortodoxia de su selección de lecturas –creo que mis correbeldes eran Nicolas Jabko, Keith Darden, Lucan Way– y tuvimos que presionarle para que añadiera material constructivista. Christopher Ansell, que llegó como miembro del claustro al momento que yo llegaba como estudiante de posgrado y que se convertiría en mi mentor más cercano, fue alumno del sociólogo organizacional John Padgett. Ansell era (y es) uno de los pensadores más sofisticados sobre ideas que he conocido. Gran parte de mi pensamiento se desarrolló a partir de la literatura de sociología económica y organizacional a la que él me expuso.

Durante mi estancia en Berkeley todo esto cambió bastante. Cuando llegué, Kenneth Waltz todavía estaba en Berkeley. Asistí a su seminario principal sobre RRII, en el que (huelga decir) la teoría ideacional no estaba en el menú. Dejé Berkeley en 1997 para investigar en Europa y luego redacté mi tesis en el sur de California, pero a finales de los noventa el equipo docente de Berkeley estaba cambiando y de alguna manera había más representación para el trabajo ideacional.

Su tesis doctoral se titula “Francia, Europa y la construcción institucional de los intereses”. Llama la atención que el concepto “ideas”

no aparezca en el título. Sí aparece en la versión en el libro (*A Certain Idea of Europe*). ¿A qué se debe esta diferencia?

Es una buena pregunta. La segunda parte es más fácil de responder. Como reconocerán los francófilos, el título del libro es una referencia al comentario de De Gaulle según el cual “siempre tuvo una cierta idea de Francia”. No se me ocurrió hasta que estaba convirtiendo la tesis en un libro, y entonces fue el título obvio. Antes de eso, parte de la razón del título de la tesis era de orden estratégico. Era consciente de que las “ideas” aún no estaban plenamente legitimadas, y era razonable decir que gran parte del argumento versaba sobre la “construcción institucional de los intereses”, sobre cómo numerosos actores llegaron a integrarse en determinadas instituciones que redefinieron sus intereses. Pero parte de la razón también era simplemente que se trataba de un “guiño al lugar”. Tardé mucho tiempo en encontrar un título que me gustara. Sabía que el título de una tesis inédita no era realmente importante.

¿Podría resumir el argumento de su tesis? ¿Cuál fue la reacción de los miembros del comité acerca de su argumento sobre ideas, intereses e instituciones?

Mi tesis fue una reacción ante las explicaciones del surgimiento de la Unión Europea que la presentaban como una respuesta gubernamental directa a la interdependencia estructural, o como una variación institucionalmente dependiente de dicha respuesta. En las páginas de estos relatos ortodoxos creí ver pruebas de que los actores políticos a menudo discrepaban fuertemente sobre si la creación de instituciones supranacionales era o no beneficiosa para ellos, así que busqué más indicios sobre una “batalla de ideas” en torno a la construcción de la UE.

Lo encontré, sobre todo en Francia, y construí un argumento según el cual la actual UE refleja el proyecto ideológico de una minoría de élite que consiguió aglutinar a todos los europeos en un elaborado marco institucional. Ganaron una larga y contingente batalla a los defensores de otras ideas históricamente activas y fuertemente respaldadas, que hubieran dado lugar a Europas radicalmente distintas (y especificables) a la actual. Esto no se debe a que los partidarios de la supranacionalidad ganaran todas las batallas políticas –a menudo perdían–, sino a que, cuando ganaban, las ideas que promovían las instituciones supranacionales eran las que más limitaciones institucionales generaban, de modo que sus victorias ocasionales acabaron por crear un legado institucional que desplazó a las ideas rivales. Centrándome especialmente en la política francesa, demostré que fue este proceso –y no las crecientes presiones de la interdependencia o el “desbordamiento” institucional– el que redujo las batallas anteriores sobre las instituciones europeas a un consenso mayoritario en apoyo de una UE cuasi-federal y fuertemente supranacional. Las ideas

“comunitarias”, antes minoritarias, se convirtieron en normas constitutivas de la política europea.

En este sentido, las ideas proporcionan opciones coherentes para la acción estratégica en temas complejos y agruparon coaliciones para lograr agendas políticas sostenibles. Las ideas “comunitarias” que estaba rastreando eran nuevas en el periodo de posguerra, elaboradas por empresarios (sobre todo Jean Monnet) que tomaron elementos del federalismo europeísta más abstracto y los modificaron para convertirlos en planes de acción concretamente plausibles dentro del mundo de la posguerra. Este fue un momento de cambio radical que desestabilizó las ideas anteriores, haciendo que no fuera tan evidente cómo Francia debía perseguir sus “intereses”, y las élites francesas reaccionaron a este nuevo contexto de formas muy idiosincrásicas. Algunas figuras de derecha, izquierda y centro encontraron atractivas las ideas comunitarias. Otros en los mismos grupos reaccionaron a la horrible guerra comprometiéndose más firmemente con el nacionalismo tradicional. Otros se inclinaron hacia un confederalismo anglófilo. Intenté por todos los medios encontrar un patrón que explicara por qué ciertas personas adoptaban determinadas posturas en estos primeros debates, pero no lo logré: no había patrones claros, por ejemplo, relacionados con la participación en la Resistencia, ser prisionero de guerra, provenir de ciertas regiones, la educación o el empleo previo. Las excepciones eran las personas situadas en los extremos –comunistas y de extrema derecha–, que rechazaban tanto los planes confederales como los “comunitarios” para las instituciones europeas. Pero entre unos y otros, estas ideas crearon nuevas líneas de batalla que prácticamente atravesaron todos los rasgos de la política francesa. Esto tuvo un efecto fragmentador para la elección democrática y uno liberador para los altos dirigentes. Los partidos y los grupos de interés se dividieron, de modo que las opciones electorales operaron sobre otras cuestiones. Los líderes que obtuvieron el poder sobre la base de otros criterios, tuvieron considerable libertad para utilizar su autoridad con el fin de dirigir a Francia hacia sus propias ideas relacionadas con Europa mientras ocuparon el cargo. A largo plazo, la política francesa osciló entre estas ideas a medida que cambiaban los líderes, pero, una vez más, las ideas “comunitarias” tenían la ventaja: gradualmente acorralaban a sus detractores.

Esto es parte de la respuesta a la pregunta anterior sobre la “construcción institucional de intereses” que aparece en el título de mi tesis. La mayoría de las ideas ejercen su máximo poder una vez institucionalizadas, generando organizaciones, normas y expectativas que crean incentivos en un ámbito, incluso en torno a actores que no suscriben las ideas iniciales. Los actores que trabajan en instituciones creadas en torno a determinadas ideas, en cierta medida, tienden a internalizarlas. Los actores franceses que lucharon contra las ideas “comunitarias” pero acabaron viéndose atrapados en ellas, como Jacques

Chirac, racionalizaron gradualmente su propia actuación de manera tal que incorporaron algunas de las ideas “comunitarias”.

En cuanto a las reacciones a este argumento, mis tutores se mostraron bastante escépticos al principio, y sólo se convencieron tras una gran revisión al final del proceso. En la defensa de mi borrador inicial, al principio del proceso, no estaban seguros de que el proyecto fuera viable y me dieron seis meses para redactar un texto que les convenciera mejor. Pasé ese filtro, pero incluso más tarde, después de realizar mi entrevista e investigación de archivos en Europa, no había logrado definir cómo argumentar. Hubo momentos muy difíciles. Ernst Haas había renunciado como director de mi tesis, en parte porque estaba a punto de jubilarse y en parte porque no le impresionaba mi trabajo (que también criticaba el suyo). Mis mentores más jóvenes, Chris Ansell y Steven Weber, aceptaron copresidir el comité, pero me pareció prudente contar con alguien más experimentado, así que le pedí a otro célebre miembro de la facultad (cuyo nombre no mencionaré) que considerara la posibilidad de formar parte de él. Leyó una primera versión de un capítulo y finalmente respondió que no le interesaba, porque se trataba de una «tesis de tercera categoría que no te ayudará a conseguir un trabajo». Más o menos al mismo tiempo, fui a un taller en la Universidad de California, San Diego, donde habían designado a Stephen Haggard para comentar mi trabajo. Haggard es un tipo simpático, no obstante, me devolvió el trabajo con una raya trazada a mitad de una página y una nota que decía: «Voy a dejar de leer aquí porque no sé qué estás argumentando».

Entonces algo hizo clic. El interruptor lo accionó principalmente otro miembro más joven de mi comité, Elizabeth Kier (radicada ahora en la Universidad de Washington), que escribió una serie de preguntas directas a las que quería que respondieran mis primeros capítulos. Seguí sus instrucciones y lo reescribí todo. El resultado se parecía mucho a la versión que finalmente fue aceptada en Cornell University Press y ganó el premio ISA Alger.

Sin embargo, hay otro bucle en la historia de la publicación, que es relevante para algunas cuestiones que se plantearán más adelante. Envié mi manuscrito a Roger Haydon, el maravilloso editor de Cornell, y al final llegaron revisiones positivas que recomendaban la publicación. Sin embargo, una de las críticas, escrita al parecer por un famoso teórico de la UE, decía que, aunque el libro pudiera publicarse, se limitaba a narrar una buena historia sin hacer un aporte teórico generalizable. Haydon me dijo que, para convencer al consejo de Cornell de que me hiciera un contrato, tenía que escribir una carta explicando cómo iba a responder a esas críticas.

En mi carta exponía una versión del argumento desarrollada, después, en el libro *How to Map*. La idea central es que nuestros debates más profundos en las ciencias sociales –a diferencia de las ciencias naturales– giran en torno

al grado de generalidad de los fenómenos que estudiamos. ¿Hasta qué punto la acción humana se construye socialmente a través de vías contextuales inventadas por determinadas personas –moldeadas por nuestra propia acción a través de vías institucionales o ideacionales– y hasta qué punto responde de forma regular y generalizable a condiciones exógenas del entorno (estructura material) o de la naturaleza humana (psicología)? Si esos son nuestros debates más profundos, no parece científico preestablecer criterios de “progreso” teórico en los que hagamos aportes sólo en la medida en que una de las partes gane el debate. No podemos simplemente asumir que la acción humana es tan general como las fuerzas atómicas, ni podemos decir que la acción humana sólo sería remotamente comprensible si estuviera construida sobre dinámicas profundamente generalizables. Pero esos puntos de vista no científicos son el núcleo de las filosofías ortodoxas de las ciencias sociales, como se afirma en obras influyentes como *Designing Social Inquiry*, de King, Keohane y Verba: el progreso teórico sólo llega con una mayor generalización.

Una postura más científica consiste en organizar un debate abierto entre las teorías generalizadoras y las endógenas o “particularizadoras”, y atribuir las contribuciones teóricas o el progreso a versiones empíricamente bien documentadas de cualquiera de ellas. Si una teoría general tiene un fuerte respaldo empírico en algún rango de generalización, estupendo. (Mi percepción personal es que no hemos visto muchas generalizaciones bien sustentadas y que no sean triviales en ciencia política, y mi pronóstico personal es que no veremos muchas más en el futuro, pero si las viéramos, eso constituiría sin duda un progreso). Al igual que la generalidad documentada puede ser una contribución teórica, también puede serlo la particularidad documentada. El relato teórico de *A Certain Idea* es un ejemplo de particularidad documentada –que las consecuencias causales de la construcción social contingente explican una enorme diversidad de variaciones en las instituciones y la política de la Europa de posguerra–.

Afortunadamente, conseguí el contrato.

¿Influyó de algún modo el movimiento “Perestroika” en su forma de pensar? ¿Participó en él? ¿Fue fuerte en Berkeley? ¿Cambió este movimiento algo importante en la ciencia política estadounidense?⁸

⁸ El “Movimiento Perestroika” tuvo lugar en Estados Unidos a partir de un e-mail anónimo recibido en el 2000 por el equipo editorial de la *American Political Science Review* (firmado por “Mr. Perestroika”), abogando en favor de un mayor pluralismo metodológico. La crítica estaba dirigida hacia la implantación hegemónica de lo que definía entonces como la corriente principal de la ciencia política en dicho país. Según autores que debatieron el tema, ésta estaba caracterizada por el énfasis empirista y cuantitativista; el culto a la estadística y las matemáticas; los modelos formales y el enfoque de la elección racional; el relegamiento de la teoría política a los márgenes; la investigación orientada por el método más que por problemas sustantivos y la consecuente escasa aplicabilidad de sus conocimientos; y la poca reflexión sobre los supuestos ontológicos y epistemológicos que

Dejé Berkeley físicamente en 1997, por lo que no estaba ahí cuando llegó el movimiento “Perestroika”, y sólo lo conocí realmente como joven profesor en la Maxwell School de la Universidad de Syracuse (2000-2004). Tenía la cabeza metida en mi propio trabajo intentando sacar publicaciones –y en mi pequeño hijo–, y no seguía realmente la política disciplinaria, así que no participé directamente en esos debates. Ojalá lo hubiera hecho, porque no creo que el movimiento “Perestroika” haya funcionado muy bien.

Lo que cambió “Perestroika” es un tema enorme, pero he aquí un resumen de mi punto de vista. El movimiento constituyó una reacción a dos cosas: la hegemonía de la ciencia política racionalista, que adoptó una forma especialmente mesiánica (y objetable) con la teoría de juegos en la cresta de la ola en la década de 1990, y la falta de diversidad de género y racial en el campo. En su respuesta a este último problema, el movimiento básicamente impulsó procesos que ya estaban en marcha para diversificar el cuerpo docente y las oportunidades académicas. Estos procesos aún están en curso y distan mucho de completarse.

La respuesta a la primera cuestión, sin embargo, es donde creo que “Perestroika” no funcionó muy bien. Principalmente dio voz a un subconjunto autoconsciente de la teoría ideacional que llegó a denominarse “interpretativismo” en Estados Unidos. No es de extrañar, teniendo en cuenta contra qué reaccionaba, que se definiera (y se defina) en torno a un fuerte rechazo de las ciencias sociales racionalistas (o “positivistas”), centrándose –en particular– en la opinión según la cual tales teorías tienen fundamentos epistemológicos inválidos, de manera que una buena investigación no debería comprometerse con ellas. Creo que es un error, y que la exageración de esta división en torno a “Perestroika” fue una oportunidad perdida para que el estudio de las ideas se convirtiese en una parte más central, normalizada y poderosa del estudio de la acción y el comportamiento humanos.

Permítanme subrayar que a menudo aprendo del contenido empírico del trabajo interpretativista, y estoy de acuerdo con muchas de sus críticas a la epistemología racionalista –muchas de las cuales no son válidas, como se ha dicho–. Sin embargo, estoy en total desacuerdo con la idea de que no podemos debatir entre las teorías que plantean un mundo construido socialmente y las que no lo postulan. Por el contrario, creo que es lógicamente demostrable que para hacer afirmaciones comprensibles en el sentido de que el mundo está socialmente construido, y para elaborar relatos sobre cómo está socialmente construido, necesitamos comprometernos con teorías que sugieran cómo serían las cosas si el mundo no estuviese socialmente construido. Para atraer la atención de nuestro público hacia una historia compleja, dependemos fundamentalmente de contrastes con otras historias. Mi artículo de 2015 en

informan sus esfuerzos [Nota de los Entrevistadores].

International Theory expone este argumento con mayor detalle⁹.

Hoy no estoy seguro de cuánta gente acepta esta postura. Sé que no me ha hecho muy popular en ninguno de los dos lados. Los “positivistas” suelen seguir resistiéndose a hablar seriamente de ideas o de interpretación (Pongo “positivista” entre comillas porque casi nadie en las ciencias sociales actuales se describe bien como positivista. La posición ortodoxa se parece más al “falsacionismo metodológico sofisticado” de Imre Lakatos. De modo que no me gusta el lenguaje del interpretativismo frente al positivismo, pero reconozco que se ha convertido en la caracterización dominante). Muchos interpretativistas ven esta postura como un compromiso que autoriza una ortodoxia inválida. Seguiré intentando sostener que mi comprometida posición intermedia representa una postura filosófica más coherente que cualquiera de sus puntos de vista.

En resumen, ¿qué autores, colegas y lecturas fueron más influyentes en su formación como académico ideacional?

Chris Ansell fue la persona que más me influyó, en parte porque es un pensador brillante y de intereses extraordinariamente diversos, pero sobre todo porque me introdujo en la sociología organizacional y la sociología económica. Esas literaturas eran y siguen siendo más sofisticadas que la mayor parte de la ciencia política en términos de compromiso empírico riguroso entre una amplia gama de alternativas teóricas coherentes. Me influyeron muchos sociólogos como Walter Powell y Paul DiMaggio, Mark Granovetter, John Meyer y la alumna de Meyer (y politóloga) Martha Finnemore. Otra piedra angular fue el historiador francés William Sewell. El trabajo de Elizabeth Kier sobre las ideas también me sirvió de inspiración y, como he señalado antes, fue enormemente importante para ayudarme a pensar y escribir con claridad sobre estos temas.

El sociólogo Neil Fligstein también formó parte de mi comité de tesis –un compañero maravilloso, comprensivo y brillante– e hizo una importante contribución a mi trabajo. En medio de la redacción de mi tesis, yo intentaba determinar cómo caracterizar los debates franceses sobre Europa en un espectro que iba de lo nacionalista a lo supranacional. «Mira», dijo Neil, «la gente no piensa en espectros. Piensa en modelos o paquetes de ideas. En esos debates, ¿no observas algunos modelos discretos?». Volví a mi material y vi lo bien que encajaba en un debate entre paquetes de ideas comunitarias, confederales y tradicionales.

⁹ En ese artículo Parsons analiza críticamente bajo qué circunstancias se justifica combinar argumentos constructivistas con argumentos no constructivistas. La competencia entre relatos explicativos (de la misma, o de diferentes escuelas teóricas) es el paso previo a cualquier intento de combinación de argumentos distintos. Primero, la competencia. Luego, de ser imprescindible, podrá llegar el momento de acudir al eclecticismo. Ver: Craig Parsons, “Before eclecticism: competing alternatives in constructivist research”, en *International Theory* (2015), 7(3), pp. 501–538.

Por último, permítanme mencionar a un teórico que descubrí más tarde pero que creo que ha escrito la mejor discusión sobre la teoría ideacional o cultural y cómo escribir sobre ella empíricamente. La introducción al libro del sociólogo Richard Biernacki *The Fabrication of Labor* es, en mi opinión, el mejor tratamiento sobre el tema¹⁰.

En el año 2004 comenzó su carrera académica en la Universidad de Oregón ¿Encontró ahí un clima intelectual diferente al de Berkeley?

El clima era bastante similar, por esa razón me atrajo el departamento de Oregón. La principal causa por la que me trasladé fue personal –mi familia se encuentra sobre todo en el oeste de Estados Unidos, y Oregón es un lugar precioso para vivir–, pero me alegró mucho encontrar colegas interesantes con perspectivas diversas, como mi colega africanista Dennis Galvan (también doctorado en Berkeley), el americanista Gerry Berk y Ron Mitchell, académico especializado en política medioambiental internacional. Con el tiempo he ido ganando otros grandes colegas. El departamento es mucho más pequeño que el de Berkeley, pero siempre he sentido que tengo suficiente gente interesante con la cual interactuar aquí.

Durante sus primeros años en Oregón estuvo elaborando su apasionante *How to map...* ¿Cuál es la relación entre el argumento desarrollado en su tesis y *How to map...*?

Creo que mis ideas sobre las ideas se mantuvieron bastante constantes en este periodo, pero afortunadamente se hicieron algo más agudas a medida que transitaba el camino desde *A Certain Idea* hasta *How to Map*. Existe una estrecha relación entre ambos proyectos, aunque quizá no la perciban fácilmente los demás. En *A Certain Idea* intenté presentar un argumento causal-explicativo sólido sobre las ideas que fuera demostrablemente superior a las explicaciones no ideacionales a través de una gama especificable de variación en los resultados de la integración europea. Como señalé previamente con respecto a la obtención de un contrato para un libro, ese proyecto planteaba dos grandes retos: no sólo tenía que elaborar un argumento convincente sobre el papel de ciertas ideas en la construcción de la UE, sino que tenía que argumentar desde la filosofía de la ciencia que este tipo de explicación podía constituir una contribución teórica significativa (en lugar de limitarse a “narrar una buena historia”). El argumento basado en la filosofía de la ciencia sólo surgió sobre todo en la conclusión de *A Certain Idea*, y la gente no suele leer las conclusiones de los libros. Sabía que tenía que presentar este argumento de una forma más amplia para conseguir que el campo aceptara el valor del tipo de relato ofrecido en *A Certain Idea*.

¹⁰ Richard Biernacki, *The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640-1914*, Berkeley, University of California Press, 1995.

Una versión de ese argumento más amplio acabaría apareciendo en *How to Map*, aunque no me senté a escribir ese libro para plantear una cuestión sobre cómo considerar las contribuciones teóricas. Surgió de una conjunción de mi docencia de posgrado con este interés por la filosofía de la ciencia.

He aquí la breve historia de la primera parte de esa conjunción. En un seminario de posgrado sobre Política Comparada en Syracuse, mis alumnos y yo luchamos especialmente por definir de forma útil el “institucionalismo”. En la década de los noventa, todas las personas dedicadas a la ciencia política se habían convertido en algún tipo de institucionalista, por lo que resultaba muy difícil identificar un significado razonablemente delimitado para este término. Con el tiempo, fui esculpiendo definiciones de lo que consideraba que no era institucionalismo, en dos vertientes de ese concepto: una tradición racionalista-materialista en la que los actores racionales responden a su posicionamiento en un paisaje dado exógenamente (que yo sostenía que podía denominarse útilmente “explicación estructural”), y una tradición ideacional en la que la acción está moldeada endógenamente por la construcción y la interpretación sociales hechas por el ser humano. Entre esta forma materialista de explicación estructural y la explicación ideacional, existe un tipo de explicación distintiva para la que necesitamos la palabra “institucionalista”: aquella en la que la acción está moldeada de forma endógena por la dependencia de la trayectoria organizacional hecha por el ser humano, pero no interpretada (no ideacional).

Esa descripción caracteriza perfectamente la lógica del institucionalismo histórico clásico, que en mi opinión es la forma “pura” del institucionalismo como forma distintiva de explicación. Entonces me di cuenta de que se trataba de un cuadro de 2 x 2 –con el “posicionamiento objetivo” versus la “interpretación” en un eje, y el “entorno exógeno” versus la “endogeneidad de creación humana” en el otro– y de que había un nombre para el cuarto cuadrante: la interpretación dada exógenamente es la explicación psicológica (las proclividades innatas de las mentes humanas a interpretar y decidir de determinada manera).

¿Cómo se relaciona ese cuadro 2 x 2 de variantes de explicación con el punto de la filosofía de la ciencia? Si nos atenemos a las explicaciones recogidas en *How to Map* según las cuales estas opciones funcionan bien para describir los componentes básicos de las explicaciones, tanto en la lógica abstracta como en las descripciones aplicadas de los debates sobre ciencias sociales a lo largo del tiempo, se deduce que nuestra filosofía de la ciencia debería permitir que las explicaciones basadas en cualquiera de estas opciones produjeran contribuciones teóricas útiles.

El 2 x 2 sugiere que nuestro punto de partida más ecuménico y riguroso es que la acción humana está moldeada por alguna mezcla de causas estructurales, institucionales, ideacionales y psicológicas, por lo que parece científicamente

deseable organizar un debate abierto para ver qué mezclas de estas causas explican los resultados o fenómenos que observamos en la acción humana. En otras palabras, este punto de partida en el 2 x 2 nos lleva de nuevo a la posición de filosofía de la ciencia que me permitió conseguir el contrato con Cornell para *A Certain Idea*. Si éstas son las alternativas, no sería científico prejuzgar su valor diciendo que sólo aprendemos sobre el mundo (haciendo “progresos” teóricos) si descubrimos que algunas de ellas son correctas. La ciencia debería definirse como la búsqueda de la gama más amplia de respuestas plausibles a una pregunta, entablando un debate abierto y explícito, y dando razones para una explicación construida sobre una (o una combinación) de ellas.

¿Cuál fue la acogida de *How to Map...?* Poner al mismo nivel la explicación ideacional con otros, como el estructuralismo y el institucionalismo, fue un verdadero “*tour de force*” como dicen los franceses...

Para ser sincero, la reacción fue menor de lo que esperaba conseguir con un libro que, en mi opinión, era útil para muchos estudiantes y académicos y, al mismo tiempo, provocador. John Gerring realizó una reseña destacada, lo cual fue halagador, sin embargo, también adoptó una línea muy ortodoxa que me pareció que eludía algunos de los puntos principales del libro, dejando de lado todo el argumento sobre la “explicación particular” endógena en el institucionalismo y la teoría de las ideas. Más recientemente he tenido algunas interacciones estupendas con John, que es un académico extraordinario, aunque sigo pensando que considera que mi forma de enmarcar las alternativas explicativas es demasiado heterodoxa para su gusto.

A lo largo del tiempo he recibido muchos otros reconocimientos de colegas, y cada dos o tres meses recibo un correo electrónico de un estudiante de posgrado que dice que el libro le ayudó a comprender el campo. Hoy en día, el libro cuenta con un buen número de citas. Pero para la mayoría de los científicos sociales que ya están formados antes de encontrarse con mi libro, probablemente sea demasiado revisionista y pueda parecer que se trata de un sistema idiosincrásico. La mayoría de los miembros de la disciplina se han formado con argumentos que privilegian un subconjunto de nuestras alternativas explicativas, o (en los campos interpretativista o posmoderno) que rechazan la noción de explicación. Muy pocos se sienten cómodos con un punto de partida ecuménico y no concluyente: que estamos debatiendo en qué medida los resultados que observamos en la conducta humana reflejan dinámicas estructurales-materiales, psicológicas, institucionales e ideacionales, y que deberíamos orientar nuestra investigación al abordaje de esos debates de la manera más directa posible.

¿Cómo conecta su trabajo académico con su labor pedagógica? ¿Existe alguna reacción por parte de los estudiantes cuando enseña enfoques que escapan de la corriente dominante?

Lo bueno de mis propios estudiantes es que yo llego a ellos primero, ¡así que no se dan cuenta de que hay algo revisionista! A los estudiantes universitarios les enseño Introducción a la Ciencia Política, y el libro de texto que escribí para ese curso incorpora una versión parcial del marco *How to Map* en su presentación de alternativas teóricas. Para nuestros estudiantes de doctorado suelo impartir también nuestro seminario de ingreso además de nuestro curso sobre métodos cualitativos, por lo que están expuestos de inmediato al marco de *How to Map*. De vez en cuando veo a algún estudiante que viene con otra formación al programa y encuentra *How to Map* un poco extraño, pero eso es fabuloso. Da lugar a debates mucho más interesantes.

También intento recordarles constantemente que no quiero que acepten el marco sin sentido crítico. El punto central del libro es que, en una disciplina inundada de usos superpuestos de manera confusa de los mismos términos fundamentales, un académico necesita encontrar por sí mismo una manera coherente de definir los términos clave de modo interrelacionado. No podemos limitarnos a aceptar los usos de los académicos que leemos y tampoco funciona definir los términos principales uno por uno. Por ejemplo, si queremos utilizar las palabras “ideacional” e “institucionalista”, es sumamente conveniente que encontremos significados tales que cuanto más institucionalista sea una determinada aseveración, menos ideacional sea, y viceversa. De lo contrario, ambas palabras pierden utilidad. Mi libro ofrece un sistema de términos importantes interrelacionados y, por supuesto, creo que es el sistema más coherente que existe. Sin embargo, es probable que haya personas inteligentes que vean en él algunos problemas que yo no veo y, de nuevo, lo que mis estudiantes deben aprender es: ¡no aceptar sin más las definiciones de los demás! Hay que pensar muy bien cómo queremos utilizar los términos más importantes y etiquetas de forma interrelacionada.

Lleva unos veinte años pensando en las ideas como causas. ¿Qué hay de nuevo en su comprensión de las ideas? ¿Qué aprendió? ¿En qué cambió? ¿Hay algún concepto del enfoque ideacional que haya descartado o que ya no le resulte útil?

Me estoy acercando a los treinta años en este campo, en realidad, si partimos desde la mitad de los estudios de posgrado. Mi punto de vista ha sido una progresión razonablemente constante, sin grandes puntos de inflexión –siguiendo la lógica de algunos puntos iniciales que tenían sentido para mí–, pero hay una nueva idea importante sobre la que estoy empezando a pensar y

escribir. Se hace alusión a ella en mi artículo de 2015 en *International Theory*, y se desarrolla en un capítulo que he publicado recientemente en el *Oxford Handbook of Engaged Methodological Pluralism*.

Después de desarrollar el argumento sobre cómo las afirmaciones ideacionales dependen de los contrastes empíricos con las afirmaciones no ideacionales, me di cuenta de que puede haber una forma de dejar de lado las cuestiones más espinosas de la filosofía de la ciencia y despejar el camino para este tipo de compromiso. La principal objeción al compromiso por parte de los interpretativistas es que los teóricos “positivistas” creen que pueden utilizar pruebas empíricas para hacer afirmaciones sobre la verdad, pero los interpretativistas no creen que puedan hacer tales afirmaciones en un mundo construido socialmente, por lo cual no tiene sentido un debate. Los “positivistas” pueden estar de acuerdo con esto: si los interpretativistas no quieren intentar hacer afirmaciones sobre qué argumentos son empíricamente mejores que otros, no tiene sentido entablar un debate con ellos. Pero ahora pienso que el grado de veracidad de nuestros relatos no está estrechamente relacionado con la razón principal por la que necesitamos comprometernos.

El motivo primordial por el que un relato sobre algo en el mundo necesita contrastarse con otros relatos sobre el mismo fenómeno es formular y comunicar una historia distintiva. Esto es anterior y más básico que el grado de veracidad de un relato. Para poder siquiera plantear un relato, el público necesita saber lo que el relato encadena de forma distintiva, lo que “cuenta” como parte de su narración en el mundo y en qué se diferencia de otros relatos imaginables sobre el mismo terreno. Así, el hecho de que un realista tradicional de las RRII afirme que un determinado relato es verdadero, mientras que un interpretativista no reclame un grado de verdad similar para las relaciones constitutivas, genealógicas o discursivas que quiere mostrarnos, no afecta en gran medida a las ventajas que obtienen ambas partes al contrastar esos relatos. Se ayudan mutuamente a clarificarse, aunque no reivindicuen el mismo nivel de verdad.

Hay una advertencia: para que esto sea cierto, ambos relatos tienen que estar intentando de forma comprensiva identificar algún tipo de relación entre las cosas del mundo. Desafortunadamente, podemos encontrar muchos realistas tradicionales y muchos interpretativistas que no lo hacen; a menudo intentan evitar estar atados a un relato distintivo, no tratan de formular uno. Pero eso no se debe, desde luego, a que ninguno de sus enfoques sea *incapaz* de contar una historia distintiva sobre el mundo. En otras palabras, al poner de relieve que todos los relatos académicos deben lograr ante todo un *enfoque distintivo* –previo a y separable de la verdad– y que necesitamos relatos alternativos para lograrlo, podemos ver mejor los beneficios del compromiso por encima de las profundas divisiones.

¿Qué ha cambiado en la ciencia política estadounidense? ¿Hay buenas razones para pensar que el enfoque ideacional ganó legitimidad? En caso afirmativo, ¿cómo fue ese proceso?

Permítanme responder a estas preguntas comentando los tres cambios más importantes que percibo en las dos últimas décadas aproximadamente, en la ciencia política estadounidense. En primer lugar, a principios de la década de los 2000, los enfoques ideacionales habían ganado una legitimidad clave en la disciplina. Eran especialmente prominentes en las RRII, y cada vez más en las políticas públicas, con ejemplos menores pero aún significativos en la política estadounidense y comparada. Muchas de las mejores revistas estaban dispuestas a considerar la publicación de argumentos ideacionales, y la mayoría de los mejores departamentos estaban dispuestos a contratar a académicos que trabajaran con estos enfoques. Seguían existiendo excepciones –revistas y departamentos en los que no se admitían académicos con inclinaciones ideacionales–, pero cada vez eran menos frecuentes. La teoría ideacional se había sentado a la mesa. En mi opinión, esto se debió principalmente a algunos acontecimientos importantes en el mundo que parecían bastante “ideacionales” –el final de la Guerra Fría y la expansión del neoliberalismo– y al hecho de que algunos académicos, en su mayoría jóvenes, trabajaran duro para demostrar que las teorías no ideacionales no podían explicar muy bien estos fenómenos.

El segundo cambio fue el surgimiento del interpretativismo en la ciencia política estadounidense, como he comentado antes en relación con el movimiento “Perestroika”. Sospecho que esto sucedió por razones en parte distintas de las que motivaron el ascenso inicial del constructivismo en las RRII y de la literatura acerca de las “ideas” en la política pública comparada. Esos movimientos estaban más orientados hacia los debates con los académicos del *mainstream* (no ideacionales) “dentro de la torre de marfil”, si se quiere, mientras que el paso hacia el interpretativismo fue un rechazo a la torre de marfil vigente (tal y como lo veían sus defensores). Combinaba un rechazo epistemológico y metodológico más rígido hacia el *mainstream*, una dura crítica política a las estrechas jerarquías académicas de todo tipo y un llamamiento al compromiso normativo y al activismo sin remordimientos.

Mi impresión es que estas dos corrientes se mezclaron hasta cierto punto en los años 2000, y la fuerza política más agresiva del interpretativismo se tornó en cierto modo dominante. En concreto, llegó a ser considerado por los académicos no ideacionales como la vanguardia de la teoría ideacional en general. Esto era conveniente para los partidarios del *mainstream*, muchos de los cuales no querían comprometerse con la teorización ideacional y, de hecho, preferían tener colegas con inclinaciones ideacionales que no quisieran comprometerse con ellas. Como puede deducirse, creo que esto no fue bueno

ni para la teoría ideacional ni para la disciplina, y considero que contribuyó a frenar la legitimación general de la investigación ideacional. Los académicos ideacionales se sentaron a la mesa, pero la mesa se consolidó principalmente como un espacio separado pero igualitario, no como un espacio de compromiso común. Los académicos no ideacionales aceptaron algunas publicaciones y contrataciones ideacionales, pero pocos de ellos modificaron el diseño de sus investigaciones para tener en cuenta alternativas ideacionales en su propio trabajo. Ahora estoy trabajando con Adolfo Garcé y Daniel Béland en un proyecto sobre cómo podríamos cambiar esa situación, logrando el segundo y más importante paso en la legitimación de la teoría ideacional.

El tercer gran cambio que veo es el incremento de los métodos experimentales. Puede parecer que no guarda relación, pero en mi opinión afecta al lugar de la teoría ideacional a través de consecuencias generalmente negativas sobre el debate teórico sustantivo. No me opongo a los métodos experimentales *per se*. Tienen un lugar en nuestra caja de herramientas y, como otras herramientas, tienen fortalezas y debilidades. La fortaleza, en principio, es que un experimento cuidadosamente diseñado puede proporcionar estimaciones muy claras de las relaciones causales. Su primera debilidad, razón por la cual la mayoría de los científicos sociales rara vez utilizaban estos métodos en el pasado, es que los experimentos de diseño preciso logran esa fortaleza mediante la manipulación o el control de todas las condiciones relevantes. Como todos sabemos, los elementos de las situaciones sociales o políticas que podemos manipular o controlar son en su mayoría triviales. Prácticamente ninguno de los principales elementos causales de cualquiera de nuestras principales teorías fundamentales puede manipularse de forma sustancial, ya sea por razones de viabilidad o de ética (por lo general, tampoco se pueden aleatorizar, e incluso cuando se puede, la aleatorización es una opción alternativa que pierde gran parte del poder inferencial de un verdadero experimento controlado; la significación estadística en un conjunto aleatorizado no es control). Por definición, los métodos experimentales no pueden abordar la gran mayoría de las variaciones que nos interesan.

Un segundo punto débil es la validez externa: ¿con cuánta precisión se trasladan a otros contextos las estimaciones rigurosas de un experimento? Es más, estas críticas se aplicarían incluso a los académicos que no se interesan por las ideas, pero que quedan enormemente agravadas por los debates que realizamos sobre la generalidad de nuestros fenómenos. Incluso si simplemente concedemos que las ideas pueden marcar alguna diferencia en la acción humana (sin insistir en que lo hacen), introducimos una nueva incertidumbre sobre hasta qué punto la aparente relación causal en los resultados experimentales refleja un contexto ideacional concreto.

Hoy en día, en la ciencia política estadounidense, a pesar de todos estos

puntos, un movimiento que roza lo mesiánico nos dice que sólo los experimentos proporcionan una “inferencia causal” en las ciencias sociales. Este discurso asigna una prima disciplinaria a la búsqueda de factores poco manipulables o “torceduras” (nota: “kinks” en el original) inusuales en las relaciones a explotar. Nos aleja aún más del debate ecuménico y fundamental entre una amplia gama de teorías, ya sean de carácter ideacional o de otro tipo. No pretendo sugerir que otros métodos logren fácilmente la “inferencia causal”; también tienen grandes problemas, especialmente en un mundo parcialmente construido desde el punto de vista social. Pero la noción según la cual la experimentación es el camino hacia el conocimiento causal explicativo acerca de las acciones humanas es francamente absurda.

¿Por qué enfatizo tanto este punto? Es un problema para la investigación ideacional porque, en mi opinión, su legitimación ulterior (e incluso su propio avance, para sí misma) necesita interlocutores no ideacionales que estén interesados en mantener debates teóricos sustantivos sobre la base de datos observacionales.

Uno de los principales objetivos de esta entrevista es difundir en español algunas definiciones importantes. Le preguntaremos cómo define usted las ideas.

En primer lugar, señalaría que las ideas forman parte de la categoría más amplia de “construcciones sociales” o “elementos ideacionales”. Se trata de construcciones mentales a través de las cuales las personas interpretan su mundo, e incluyen ideas (o creencias, un sinónimo para mí), modelos, gramáticas, normas, símbolos, prácticas e identidades. Dentro de ese conjunto, una idea es una construcción mental que sugiere una descripción, un análisis o un juicio (o alguna combinación de éstos). Las ideas pueden ser simples y discretas –la idea de que dejé los zapatos en el piso de abajo–, pero la mayoría de las ideas que manejamos en política son en realidad paquetes de ideas que entretejen un grupo de descripciones, análisis y juicios. Si un paquete es bastante complejo y se aplica a numerosas situaciones, a menudo tiene más sentido llamarlo “ideología”, aunque no creo que sea muy útil intentar trazar una línea tajante entre una idea y una ideología.

Otra cuestión es que, en la lista de elementos ideacionales, las ideas están intrínsecamente más interiorizadas que las demás. Decir que alguien “tiene una idea” o “suscribe una idea” connota que la persona cree en ella, que ha interiorizado esa descripción, análisis o juicio. Puede haber gradaciones en esa creencia –alguien puede suscribir tentativa o fervientemente la misma idea– pero, repito, está interiorizada. No ocurre lo mismo con elementos ideacionales como las normas, los símbolos o las prácticas, que son construcciones potencialmente más externalizadas: Puedo reconocer que un símbolo tiene

cierto significado en mi contexto, pero no sentir que sea muy significativo para mí, o puedo detectar en mi contexto una norma que no me gusta. Puede que siga la norma que no me gusta debido a las expectativas de los demás y a los incentivos y limitaciones que crean a mi alrededor. En ese caso, me relaciono con esa norma como una institución (una regla creada por el hombre en mi entorno) y no como un elemento ideacional. Pero las “ideas” *per se* no tienen esa complejidad; describir una construcción mental como una idea implica que la gente cree en ella internamente.

También nos gustaría que explicara cómo entiende la relación entre ideas, intereses e instituciones.

Ese es el núcleo de lo que trata *How to Map*. Los intereses y las instituciones son en realidad más difíciles de definir que las ideas, pero un primer paso es ver que si vamos a hacer que cualquiera de esos términos sea útil –designando algunos conceptos discretos– queremos que sean distintos de las ideas (y también de la psicología). Así, si las ideas (o los “elementos ideacionales” en sentido más amplio) son filtros interpretativos, tanto los intereses como las instituciones son cosas no interpretadas del entorno.

Una segunda medida es deshacerme de la palabra “interés” (aunque estuviera en el título de mi tesis). No es útil. Para empezar, no crea un contraste con las ideas. Es posible percibir intereses en algún tipo de acción porque se tiene la creencia errónea de que será beneficioso para uno mismo (una explicación ideacional de la acción), o es posible percibir esos intereses como una reacción más acertada a los incentivos y limitaciones que nos rodean (algún tipo de explicación no ideacional). De hecho, nuestros “intereses” nos pueden llevar a realizar casi cualquier tipo de acción. Si se está muy deprimido, podría tener “interés” en el suicidio.. De lo contrario, la palabra no tiene una connotación obvia.

Además, cuando los científicos sociales utilizan esta palabra, tienen en mente un significado mucho más específico. Cuando dicen que uno tiene “interés” en un cierto tipo de acción, quieren decir que uno se encuentra en una determinada posición en un entorno en el que, hablando con objetividad, racionalmente puede beneficiarse de alguna línea de acción. Si eso es lo que intentamos decir, lo diríamos de una manera más directa si sustituyéramos la palabra “interés” por “posicionamiento”. En relación con la afirmación “lo hicieron porque les interesaba”, hay mucho más argumento en la afirmación “lo hicieron porque respondían a su posicionamiento en el entorno”. Nótese, por cierto, que la racionalidad objetiva está implícita en esta forma de argumentación. El posicionamiento (“sus intereses”) sólo podría explicar sus acciones si se supone que responden regular e instrumentalmente a su posicionamiento.

En *How to Map* sugiero además que hay dos tipos de argumentos de “posicionamiento”: los materialistas (creo que también podría ser útil denominarlos “estructurales”) y los institucionalistas. Los argumentos estructurales o materialistas son aquellos en los que explicamos la acción como una respuesta racional al posicionamiento del actor en relación con las características exógenas del entorno. Los argumentos institucionalistas son aquellos en los que explicamos la acción como una respuesta racional al posicionamiento del actor en relación con las características endógenas del entorno creadas por el hombre: leyes, normas, contratos y organización de los recursos. Las instituciones, por tanto, son esas características creadas por las personas pero *objetivamente presentes*. La frase en cursiva es importante: para hacer esta distinción entre instituciones e ideas, debemos decir que las instituciones son normas y organizaciones creadas por el hombre que están objetivamente presentes en el entorno, mientras que las ideas son filtros interpretativos creados por el hombre. Incluso el académico más interpretativista puede admitir que existen algunas instituciones objetivamente presentes. Que una sociedad tenga o no normas para conducir por la derecha es un hecho tan objetivo como que el país tenga o no montañas altas. Estados Unidos tiene un sistema presidencial y el Reino Unido un sistema parlamentario. Si señalamos estas condiciones objetivamente presentes, creadas por el hombre para explicar cómo actúa alguien, estamos diciendo que las instituciones producen su accionar, y presentando un argumento institucionalista.

¿En qué direcciones podría avanzar la agenda ideacional?

El principal desafío es la filosofía de la ciencia y los métodos, no la búsqueda exhaustiva de nuevos resultados que explicar. No cabe duda de que hay literaturas en las que no se ha prestado demasiada atención a las ideas, lo que puede convertirlas en fruta madura para los académicos que buscan argumentos ideacionales convincentes que sean mejores que las explicaciones existentes. Pero ningún esfuerzo de este tipo tendrá éxito –ni en sus propios términos, ni cobrando sentido en la mente de su autor, como tampoco persuadiendo a otros de su valor– a menos que los investigadores comprendan que los argumentos ideacionales sólo pueden formularse y apoyarse de forma convincente cuando se los sitúa en competencia explícita frente a argumentos no ideacionales.

Debemos contrastar los relatos ideacionales con otros relatos para poder comunicar qué “trabajo” realiza el relato ideacional. Incluso Lakatos hizo una versión general de este punto –se refirió a los debates teóricos como una “lucha a tres bandas” entre dos teorías y pruebas–, y todos los académicos ideacionales deberían ver razones aún más fuertes para respaldarlo. Cuanto más apostamos a que estamos en un mundo construido socialmente, más necesarias se vuelven las “esquinas” teóricas de la lucha para darse forma y vincularse entre sí, ya

que la esquina probatoria de la lucha se torna menos firme. En un extremo posmoderno, parafraseando a Derrida, “no podemos argumentar nada sin entrar en las formas y el contenido de argumentos alternativos”.

En la actualidad, los mayores límites al poder y la legitimación académica de la teorización ideacional proceden de los rechazos mal justificados de los debates con teorías alternativas.

Uno de los desafíos más importantes del enfoque ideacional es metodológico. Sabemos que usted está muy interesado en este tema. ¿Qué puede decirnos?

Siguiendo con la pregunta anterior, diría que una vez que la gente ha aceptado el movimiento clave de la filosofía de la ciencia –que, repito, explico tan bien como puedo en el artículo de *International Theory* de 2015–, los retos metodológicos de nivel inferior son algo más sencillos. Eso no significa que sean fáciles, ya que nunca es fácil presentar un relato claro y distintivo de la acción humana con pruebas que lo respalden, pero los problemas metodológicos no son un misterio. Antes de poder utilizar buenos métodos, necesitamos teorías alternativas; sólo se sabe qué pruebas buscar, y qué hacer con ellas, si se tiene una hipótesis razonablemente clara y se puede contrastar con otras hipótesis razonablemente claras y distintas. A partir de ahí vienen los métodos. Podemos mostrar la influencia de las ideas mediante comparaciones estructuradas, comparaciones “invertidas” (en las que comparamos/contrastamos actores dentro del mismo caso, que comparten posicionamiento pero pueden tener ideas diferentes), comparaciones de N grande (ya que muchos patrones ideacionales son visibles en datos más amplios, como nos muestran los sociólogos organizacionales y económicos en muchos ejemplos) y, sobre todo, rastreo de procesos. A veces incluso podríamos diseñar experimentos para mostrar algunos efectos de las ideas, a pesar de mi diatriba contra ellos más arriba.

Permítanme añadir también que “por debajo” del nivel de los métodos está el nivel de las herramientas prácticas. Podemos recopilar datos para nuestras comparaciones o seguimiento de procesos a partir de entrevistas, textos de archivo, encuestas, etnografías, etcétera. La gente suele llamar a esto “métodos”, pero esa palabra se aplica mejor al nivel “superior” de las operaciones lógicas que emprendemos para relacionar los datos con las teorías.

¿Qué consejo podría dar a los investigadores interesados en los enfoques ideacionales que temen no poder desarrollar diseños de investigación rigurosos?

Mi consejo es el siguiente: si quieren comprender los fenómenos

humanos, no tienen más remedio que interesarse por los enfoques ideacionales, ¡así que será mejor que lo comprendan! Nadie que haya pasado un tiempo como ser humano piensa realmente que las ideas no importan. Dado eso, es rotundamente anticientífico decir: “Es difícil trabajar con ideas, así que voy a intentar explicar algunos fenómenos humanos de otras formas que sean más fáciles de medir o más generalizables”. Es como ser consciente de que la relatividad de Einstein podría ser correcta, pero decidir que es demasiado complicada y volver a Newton. Los científicos sociales que no se comprometen con las ideas no son científicos sociales serios. Pero permítanme también insistir: eso no es lo mismo que decir que todo gira obviamente en torno a las ideas. Tenemos muy buenas razones para plantear la hipótesis de que gran parte de la variación de los fenómenos humanos puede estar relacionada con las ideas, pero definitivamente no es obvio en qué medida. Dada esa posibilidad, no tenemos otra opción rigurosa que considerar alternativas teóricas que tomen en serio las ideas.

Bibliografía

Craig Parsons y Nicolas Jabko, *The State of the European Union. Volume 7: With US or Against US? European Trends in American Perspective*,

-
- Oxford University Press, Oxford, 2005
- Craig Parsons y Timothy M. Smeeding, *Immigration and the Transformation of Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- Craig Parsons, “Before eclecticism: competing alternatives in constructivist research”, en *International Theory* (2015), 7(3), pp. 501–538.
- Craig Parsons, *A Certain Idea of Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 2003.
- Craig Parsons, *How to Map Arguments in Political Science*, Oxford University Press, Oxford, 2007
- Craig Parsons, *Introduction to Political Science: How to Think for Yourself about Politics*, Pearson Education, Hoboken, 2ª edición, 2020.
- Craig Parsons, Rawi Abdelal y Mark Blyth, *Constructing the international economy*, Ithaca, Cornell University Press, 2010.
- Daniel Béland y Robert Cox (editores). *Ideas and Politics in Social Science Research*, New York, Oxford University Press, 2010.
- Richard Biernacki, *The Fabrication of Labor: Germany and Britain, 1640-1914*, Berkeley, University of California Press, 1995.

